

La obsesión moralista por el sexo

Leía esta semana que, en el Reino Unido, las principales operadoras de Internet han acordado con el gobierno establecer un sistema de censura para los contenidos de sexo, de tal forma que estos no serán accesibles para los usuarios, salvo explícita solicitud de los mismos. La argumentación esgrimida, como no, es la “protección infantil”.

Afortunadamente, la reacción general ha sido tal que el movimiento represor ha quedado en nada. Las operadoras han hecho marcha atrás y reducen la acción a proponer que elijan un servicio con control parental o sin él, y que ello solo afectará a los nuevos contratos.

No puedo menos que expresar mi escepticismo y esbozar una sonrisa cínica ante tanta tontería. Sí, no dudo en afirmar que hay mucha tontería en estos planteamientos porque tales actitudes no son razonadas. La visión que del sexo tienen quienes defienden estos planteamientos es casi enfermizo y deriva de una postura vinculada al puritanismo extremo y a la religión, lo que viene avalado por el hecho de que las decisiones de David Cameron, actual primer ministro del Reino Unido, se haya visto influido en estos temas por la asociación Mothers' Union, nacida en el seno de la Iglesia Anglicana y cuyos objetivos son la defensa del matrimonio cristiano, la educación en esos principios de la fe y la vida de la iglesia, y el mantenimiento de los cristianos unidos en la oración, adoración y servicio.

Esta actitud siempre ha sido represora, considerando la actividad sexual como algo malo, rechazable, únicamente aceptable ante la necesidad de reproducirse. Y precisamente por negar una actividad que le es propia al ser humano, resulta una actitud enfermiza, propia de estudio psiquiátrico. De hecho su semblanza con otras fobias padecidas por los seres humanos es alta.

Por supuesto me refiero al sector más radical que defiende estos principios, y que, aunque sea minoritario, es capaz de arrastrar con su discurso a todos cuantos, imbuidos de una educación moral basada en la represión, prescinden del uso del razonamiento y hacen suyos, en mayor o menor medida, tales planteamientos.

Se da una sobre-importancia al tema sexual conceptuándolo como algo negativo y que no debe existir en la vida del niño/a. Pero la naturaleza no es así. Para ella no es posible pasar de ser un individuo asexual, a que el sexo forme parte de su vida en función de una fecha concreta. La mayoría de edad es un concepto social, no natural. Así pues, el individuo, desde su nacimiento, va pasando por distintas fases y en cada una de ellas el instinto sexual tiene su participación, desarrollándose paulatinamente.

Lo que la persona necesita en ese proceso de desarrollo, por parte de su entorno (padres, educadores, y sociedad en general), es el soporte educativo, desde una concepción natural del hecho, sin dramatizaciones esperpénticas, y sin demonizar la sexualidad. Si a ello unimos una educación encaminada al respeto hacia los demás, el que en un momento determinado pueda acceder a imágenes de sexo, por explícito que estas sean, carece de importancia.

Por otra parte hay que recordar que existen en este momento medio sobrados para controlar los accesos a Internet. Es totalmente innecesario que el "Gran Hermano" controle lo que vemos o dejamos de ver. En realidad la medida, más que encaminada a limitar el acceso a menores, parece encaminada a decidir a que pueden acceder y a que no la totalidad de los internautas. Una medida que hace sospechar de su origen, es decir, que detrás de la misma están los sectores más integristas de la sociedad y cuya finalidad va más allá de de los objetivos públicamente reconocidos. Empezamos por las Webs de sexo, pero ¿Qué vendrá después?

Además es una clara demostración de la hipocresía típica del puritanismo más exacerbado. Mientras la sexualidad es considerada un terrible mal del que hay que preservar a la juventud, no ocurre lo mismo con la violencia, o la explotación económica de las personas. Muy al contrario. La violencia es el espectáculo diario de los medios de comunicación y de entretenimiento, incluidos los dibujos animados específicamente producidos para el público infantil. Y a la vez se defienden supuestos valores en los que el individualismo, el éxito personal y la riqueza son enaltecidos, sea cual sea el coste social, las desigualdades e injusticias que ello ocasione.

En esa moralina despreciable resulta terrible que un menor pueda ver escenas de sexo, pero totalmente aceptable, incluso deseable, que se le imbuya de una mentalidad agresiva y despiadada. Esa es la herencia del cristianismo.